para el grupo mayoritario y que se extendió por diversas provincias del Imperio.

La doctrina de Marción

1. Los comienzos del sistema religioso de Marción se enraizan en una angustiosa consideración de la maldad del mundo y del estado pecaminoso del ser humano, lo que le lleva a preguntarse por el origen del mal y del pecado. El firme convencimiento de que la divinidad suprema ha de ser esencialmente buena lo condujo a pensar que el origen del mal estaba no en un Dios supremo, sino en el Poder divino creador de este mundo tan perverso, quienquiera que fuese. La respuesta a quién había sido ese creador la tenía Marción en la Biblia hebrea: Yahvé, el dios del Antiguo Testamento, a quien se podría denominar también Demiurgo, utilizando la terminología platónica para el hacedor de este mundo material. El empleo de ese vocablo indica que Yahvé es de algún modo inferior al Dios bueno. Pero las precisiones en torno a cómo debe entenderse esta inferioridad se harán en el marcionitismo más tarde gracias a uno de sus discípulos, por nombre **Apeles.**

De cualquier modo, Marción defendió una idea simple: Yahvé era un ser perverso. La fe incondicional de Marción en el testimonio del apóstol Pablo, que en sus cartas —consideradas en muchos lugares como dotadas de gran autoridad e inspiradas por Dios— predicaba la oposición radical entre la ley de Moisés y el Evangelio de Jesucristo, lo confirmó en esta idea: el autor de esa Ley imposible de cumplir era también Yahvé..., ley malvada por tanto.

Marción confirmó estas ideas contrastando la imagen que la Biblia misma ofrece de su dios —un ser iracundo, celoso, vengativo, cruel con otras naciones que no sean la suya, a cuyos miembros manda asesinar; castigador sin piedad de su propio pueblo elegido, creador y promulgador a través de Moisés de una ley tan difícil de observar...— con el Dios bondadoso, lleno de amor y de piedad, tendiente siempre hacia la misericordia y el perdón, que había predicado Jesús. Confirmó así inevitablemente su conclusión anterior: el dios del Antiguo Testamento podía ser ciertamente el creador del mundo..., pero de ningún modo el Dios Supremo, ya que era un malvado y un pervertido.

2. Marción estableció así que necesariamente hay dos dioses, dos principios: un Dios trascendente, superior, extraño a este universo, que no es creación suya, un Dios bueno, inefable, etc., y otro dios creador de este mundo, necio —porque ignora que sobre él hay otro Dios, el Trascendente— y perverso. Estos dos poderes habrían existido desde siempre, aunque desiguales en poder (la investigación moderna duda al respecto, aunque es probable que así fuera para Marción). La creación del universo y del hombre en cuanto ser material, «carnal», era obra de Yahvé, como dice la Biblia. Sin embargo, no está claro si Marción defendió que la materia primordial, de la que procedía la creación, era eterna, o bien si había sida creada de igual modo por Yahvé mismo. Probablemente esto último.

Tanto el cosmos como el ser humano son tan imperfectos como su creador. Pero el otro Poder, el Dios bueno y extraño al mundo, no podía contemplar impasible lo que ocurría. Sobre todo sentía pena y compasión por el hombre, cuyo espíritu estaba abrumado por su propia debilidad y por su inclinación irresistible hacia el pecado. Además lo veía sujeto a una ley incumplible (la del Antiguo Testamento) y a los duros castigos de la divinidad perversa a causa de este incumplimiento.

Movido por esa compasión, y de una manera absolutamente gratuita y sin motivo externo, por bondad pura, ese Dios Supremo envía un Salvador. En los sistemas gnósticos que consideraremos a continuación veremos que el Dios trascendente desea salvar al ser humano porque el espíritu divino es una parte —por así decirlo— de la sustancia divina. En Marción no es así. El Dios bueno salva por pura bondad y compasión gratuitas a un ser humano que en el fondo, como toda la creación de Yahvé, le es extraño. Y todo esto lo sabe Marción porque Jesús y Pablo los reveladores del Dios bueno así lo han comunicado.

Este salvador es el Hijo del Dios bueno y extraño al mundo, el Cristo, que se entregará libremente en pro de los hombres para ser víctima de la ira y crueldad del dios creador que lo elevará hasta a cruz. Ahora bien, como el Dios supremo es único, su Hijo no es más que un *modo* de comunicación hacia fuera de Sí mismo; es una mera revelación de sí mismo. En realidad no hay diferencia entre el Padre y el Hijo; ambos forman un Dios único. La proyección hacia fuera de la divinidad es un mero modo, como la otra mejilla de un mismo rostro **(modalismo).**

El Hijo aparece de repente en el mundo, durante el reinado del emperador Tiberio. No hay que extrañarse de esta afirmación, puesto que el cuerpo del Salvador es también solo apariencial **(docetismo),** o en todo caso es un cuerpo similar al de los ángeles que se comunicaron con Abraham y con Lot. Es imposible que el Dios supremo haya asumido la materia, pues esta le es absolutamente extraña, como propia del Demiurgo que es. A pesar de todo, el cuerpo del Redentor es «verdadero» y su venida y acción en el mundo son «verdaderas».

3. La salivación que trae este Redentor consiste, por un lado, en sufrir voluntariamente la muerte a manos de los esbirros del dios creador, su enemigo, pues esta muerte es un auténtico «rescate» de la humanidad de manos de ese Creador. En el sistema de Marción no se explica bien tampoco cómo es posible que un Redentor que tiene solo un cuerpo aparente pueda sufrir verdadera muerte y que este acto tenga valor de «rescate» de los humanos. Pero Marción lo afirma, probablemente porque para él es materia de fe, debido a la revelación concedida por el Dios trascendente a Pablo.

Por otro lado, la salvación del Redentor consiste en revelar a los hombres la existencia de ese Dios supremo, trascendente y extraño al universo, a la vez que la maldad del otro principio divino, Yahvé, la inanidad de su Ley, el verdadero sentido del pecado —que es someterse a ese creador malo e intentar agradarle procurando cumplir una ley imposible...—, y la necesidad de esperar la muerte con tranquilidad para que el espíritu del hombre pueda ascender y estar eternamente feliz junto al Dios Bueno y Trascendente.

Como podrá observarse, en algunas de estas concepciones los marcionitas son unos adelantados de los gnósticos, que trataremos a continuación. La existencia de «dos poderes» en el cielo —el Dios Trascendente, extraño al mundo y el Demiurgo, creador de este—, y el envío a la tierra de un Redentor, por pura gracia y bondad del Dios ajeno a ella, parecen ser dos elementos que contienen lo esencial de la concepción gnóstica. A este parentesco apuntaba la tradición cuando afirmaba que Marción había conocido en Roma un célebre maestro gnóstico llamado Kerdón, como ya dijimos.

4. La vida en la tierra de los que reciban esa revelación del Dios bondadoso con corazón sincero ha de ser total v pstnVtor^-*

estos han de liberarse de todo pecado —que consiste en someterse internamente a la atracción seductora de la Ley aunque luego la transgredan—, y han de renunciar a todos los placeres de la materia; está incluso prohibido casarse y engendrar nuevos seres, porque estos se hallan —por culpa del cuerpo— bajo el poder del Creador malo, de su Ley y del pecado.

El que recibe la revelación debe congregarse en una iglesia cristiana nueva, la marcionita, que tiene en común con la Iglesia mayoritaria el uso de los sacramentos: bautismo/unción, eucaristía..., pero que son entendidos de un modo simbólico. Por ejemplo: ¿cómo se puede participar de una eucaristía que entiende al pie de la letra lo de comer la carne del Salvador y beber su sangre? Eso es imposible, porque el Redentor pertenece a otro «mundo» distinto, que nada tiene que ver con la materia y la «carne».

5. Marción creía en el juicio final, que habría de ser presidido por el Dios Supremo y Trascendente. En él se salvarían en primer lugar los que hubiesen aceptado la revelación del Redentor en el mundo (las almas solamente, no los cuerpos). También las almas de los paganos y las de los malvados del Antiguo Testamento, ya que, naturalmente, se habían opuesto al dios creador. Estas almas estaban en el Hades —el «Infierno» provisional— y el Dios Supremo les había ofrecido también la posibilidad de creer en el Redentor tras su resurrección.

La felicidad de los salvados será eterna y consistirá esencialmente en disfrutar del ser y del estar en presencia del Dios verdadero. Por el contrario, los fieles del Creador, los judíos en general, y los cristianos que hubiesen creído en el Antiguo Testamento, serán condenados a un fuego eterno.

La primera lista de escritos sagrados cristianos: las Sagradas Escrituras marcionitas

Para dar consistencia a la estructura de su grupo, Marción dio a su Iglesia unas «Sagradas Escrituras». Aunque —como veremos en pl capítulo 7— los cristianne ^

nes de palabras y dichos del Señor, los llamados Evangelios más tarde), todavía no había en concreto una «Lista o canon de libros sagrados cristianos» proclamados oficialmente. El confeccionar y publicar esa lista fue ocurrencia primera de Marción.

Su Biblia era breve: eliminaba todo el Antiguo Testamento como innecesario, ya que todo él no era otra cosa que la proclamación del dios creador, de su ley, de su maldad y de su ignorancia, ya que nada sabía de la existencia de un Dios Superior a él. Incluso los oráculos de sus profetas, cuando hacían alusión a un mesías futuro, eran solo para el pueblo de Israel y otros ingenuos que creyeran en ese creador. La salvación aportada por ese mesías sería banal e imperfecta.

Del resto de los escritos cristianos Marción solo aceptó como válidos y sagrados las epístolas de Pablo (en total diez cartas, excluidas las Pastorales y Hebreos, que quizá ni conocía), porque era el apóstol que con más claridad proclamaba un Evangelio contrario al dios creador y a la validez de su Ley como instrumento de la salvación, y un solo Evangelio, el de Lucas, probablemente porque se había formado ya la tradición de que su autor era un discípulo de Pablo (véase Col 4,14).

Por tanto, su Biblia consistía en un evangelio, *el Evangelio,* y un apóstol, *el Apóstol.* Además de restringir su canon a estos dos conjuntos, se dedicó Marción a expurgar de ellos algunos pasajes que —según él— habían sido interpolados y manipulados por los copistas, porque hablaban demasiado bien del dios del Antiguo Testamento.

La reacción de la Iglesia mayoritaria al «invento» de Marción se hizo esperar un poco, quizá una treintena de años..., pero vino al fin. La formación del canon del Nuevo Testamento fue más tarde un arma poderosa —aunque como veremos no tan perfecta como parece— para combatir a los heterodoxos. Pero vamos a dejar la consideración de este tema para el capítulo 7, una vez que hayamos contemplado el panorama de otras líneas de pensamiento teológico dentro de la Iglesia de los siglos **II** y **III.**

La expansión de la Iglesia marcionita

Los marcionitas fueron el único grupo cristiano del siglo **II** que formaron una iglesia propia, que duró siglos y que evolucionó dentro de

sí misma desarrollando o modificando su teología hacia una concepción de Dios más unitaria. Un discípulo de Marción, por nombre **Apeles,** el sucesor más importante del fundador, proclamó que el dios creador era solo un mero demiurgo —como veremos de inmediato en la gnosis—, es decir, una entidad divina *subordinada* al Dios trascendente único y extraño al mundo, y no un dios con un poder paritario al Trascendente.

La iglesia marcionita se extendió rápidamente —a pesar de que predicaba una ascesis absoluta y una continencia total— y solo pudo ser frenada con la difusión de una lista de Escrituras sagradas contraria a la suya, la que difundió la Iglesia mayoritaria. Pero la decadencia verdadera de la iglesia marcionita comenzó pasado un siglo. Parece ser, sin embargo, que en Siria y Armenia su influencia duró hasta bien entrado el siglo v.

En la centuria siguiente desaparecen los marcionitas de la historia.

II. LA SALVACIÓN POR EL CONOCIMIENTO REVELADO: LA GNOSIS

Panorama general de la gnosis

Cuando florece la **gnosis** entre los cristianos, a mitad del siglo II d. de C., tenía ya una larga historia, aunque más o menos soterrada. Pero, hasta esos momentos, no parece que fuera una religión propiamente, sino más bien una atmósfera religiosa en la que bullían un conjunto de ideas que podían abrazarse dentro de unas religiones u otras.

La gnosis parte básicamente del supuesto del desgarro que siente el ser humano al verse aprisionado en un mundo que lo oprime y en el que se siente extranjero. Al considerar —al igual que los marcionitas— la extensión del mal en el mundo, o la inanidad de la materia en sí, muchos seres humanos se ven conducidos al deseo de liberarse de este mundo y unirse de algún modo a la divinidad a la que creen pertenecer. Es como la sensación del desgarro y distanciamiento de dos polos que deberían estar unidos.

La gnosis así entendida pertenece al sentimiento común que se halla en la base de diferentes sistemas espirituales, o que se forma en el interior de ellos. En el Mediterráneo oriental la gnosis pudo manifestarse